

## ESTUDIOS SOBRE TEORÍA SOCIAL

ALFRED SCHUTZ

### El ciudadano bien formado. Ensayo sobre la distribución social del conocimiento.

Existe un **acerbo de conocimiento** teóricamente disponible para todos, acumulado por la experiencia práctica, la ciencia y la tecnología como concepciones fundamentadas. Pero este acerbo no está integrado; consiste en una mera yuxtaposición de sistema de conocimiento más o menos coherente, que por su parte no son coherentes, ni siquiera compatibles, unos con otros.

Lo mismo se verifica respecto del mundo social en que vivimos. Confiamos en que, si actuamos hacia ellos de una manera específica, nuestros semejantes reaccionarán como prevemos; en qué instituciones funcionarán; en que un orden de leyes y costumbres, de creencias religiosas y políticas determinará la conducta de nuestros semejantes como determina la nuestra. En términos del grupo social, podemos decir, que todo endogrupo tiene un concepto relativamente natural del mundo que sus integrantes presuponen.

**El conocimiento está distribuido socialmente**, y del mecanismo de esa distribución puede hacerse el objeto de una disciplina sociológica.

Diversos motivos impulsan a los hombres adultos que viven su vida cotidiana en su civilización moderna a aceptar sin discusión algunas partes del concepto relativamente natural del mundo natural que les ha sido transmitido, mientras cuestionan otras partes. Construiremos tres tipos ideales a los que denominaremos el experto, el hombre común y el ciudadano bien informado.

El conocimiento del experto se limita a un campo restringido, pero dentro de él es claro y nítido. Sus opiniones se basan en afirmaciones fundamentales; sus juicios no son meras conjeturas ni suposiciones vagas.

El hombre común tiene un conocimiento funcional de muchos campos que no son necesariamente coherentes entre sí; un conocimiento de recetas que indican cómo obtener en situaciones típicas, resultados típicos por medios típicos. Las recetas indican procedimientos en los que se puede confiar aunque no sean claramente comprendidos. Siguiendo la prescripción como si se tratar de un ritual, se puede obtener el resultado deseado sin cuestionar por qué se debe dar cada paso del procedimiento.

El ciudadano bien informado se sitúa entre el tipo ideal del experto y el del hombre común. Por una parte, no posee ni aspira a poseer un conocimiento de experto; por la otra no se satisface con la vaguedad de un mero conocimiento de recetas ni con la irracionalidad de sus pasiones y sentimientos no clarificados. Estar bien informado significa para él, llegar a opiniones razonablemente fundamentadas en campos que tienen, para él interés inmediato.

En cualquier momento de la vida cotidiana cada uno de nosotros es simultáneamente experto, ciudadano bien informado y hombre común, pero en cada caso con respecto a diferentes ámbitos del conocimiento. Los tres tipos de conocimiento hasta aquí examinados difieren en cuanto su disposición a suponer cosas.

Se considera que lo propuesto está simplemente dado y tal como yo u otros en quienes confío lo hemos experimentado e interpretado. Todo nuestro posible cuestionamiento de lo desconocido surge sólo dentro de ese mundo de cosa supuestamente ya conocidas y presupone su existencia.

Es necesario aclarar la relación entre el interés y la distribución del conocimiento.

Es nuestro interés a mano el que motivo todo nuestro pensar, proyectar, actuar, planteando así el problema que nuestro pensamiento debe resolver y los objetivos que nuestras acciones deben alcanzar.

Para nuestros fines podemos distinguir aproximadamente cuatro regiones de significatividades decrecientes: primero está esa parte del mundo a nuestro alcance que podemos observar de modo inmediato y también cambiar y reordenar mediante nuestras acciones. Segundo, existen otros campos vinculados de modo inmediato con la zona de significatividad primaria porque brindan las herramientas ya creadas que deben emplearse para alcanzar el fin proyectado o porque establecen las condiciones de las cuales depende nuestra planificación misma o su ejecución. Tercero, hay otras zonas que por el momento no tienen tal vinculación con los intereses a mano. Las llamaremos zonas relativamente no significativas. Y, por último, están las zonas que proponemos llamar absolutamente no significativas porque, ningún cambio posible dentro de ellas influirá en nuestro objetivo a mano.

Cada interés a mano no es sino un elemento dentro de un sistema jerárquico de intereses que en la vida cotidiana llamaremos nuestros planes. Este sistema no es constante porque al cambiar desde cualquier ahora hasta el ahora siguiente, cada interés adquiere un peso diferente; ni tampoco es homogéneo porque, aun en la simultaneidad de cualquier ahora, podemos tener intereses muy dispares.

Las zonas o regiones de diversa significatividad se superponen, presentando las más variadas interpretaciones y enclaves.

Debemos definir dos tipos de sistemas de significatividades, a lo que podemos determinar designificatividades intrínsecas y de significatividades impuesta. Las primeras son el resultado de nuestros intereses elegidos, establecidos por nuestra decisión espontánea de resolver un problema mediante nuestra acción o de concretar un estado de cosas proyectado. Podemos en cualquier momento el centro de este interés y de este modo modificar las significatividades que le son inherentes.

No obstante no, se nos impone significativos situaciones y sucesos que no son vinculan con intereses elegidos por nosotros, que no derivan de actos de nuestro albedrío y que debemos recibir tal como son, sin poder alguno para modificarlos mediante nuestras actividades. Mientras no se logra esto, no consideramos las significatividades impuestas como vinculadas con nuestros objetivos espontáneamente elegidos. Por sernos impuestas, quedan sin aclarar y son más incomprensibles.

Hay un sector del mundo al alcance común mío y de mis semejantes. Compartimos un ambiente que debe ser definido por nuestros intereses comunes.

Está presente la intersubjetividad, presupuesto mediante el cual el individuo advierte que no está solo, sino que se encuentra en contacto con los demás actores social; adoptando una actitud natural. La actitud natural es aquella que el hombre utiliza para actuar empleando el sentido común, presuponiendo en este sentido, que no vive solo en el mundo sino que coexisten hombres con niveles de conciencia similares o iguales que los suyos.

Sin duda ambos tendremos sistemas diferentes de significatividades y un conocimiento del ambiente común. Al dirigirnos espontáneamente uno hacia el otro compartimos al menos algunas significatividades intrínsecas. En toda interacción social subsiste un parte del sistema de significatividades intrínsecas de cada participante que no es compartida por el otro. Tal es la distribución del conocimiento en la relación social entre individuos, si cada uno ocupa su lugar definido en el mundo del otro y si cada uno es controlado por el otro.

Estamos por así decirlo, potencialmente sujetos al control remoto de todos. Nuestro propio ambiente social se halla al alcance de todos en todas partes; otro anónimo puede ponernos sobre su control, junto con nuestro sistema de intereses y significatividades. Cada vez somos menos dueños de determinar por nosotros mismo lo que es significativo para nosotros. Nos vemos obligados a tomar en cuenta las significatividades impuestas política, económica y socialmente que están fuera de nuestro control.

El Hombre común vive ingenuamente, en las significatividades intrínsecas propias y de su endogrupo. En cuanto a las significatividades impuestas, las toma en cuenta sólo como elementos de la situación a definir o como datos o condiciones de su curso de acción. Están simplemente dadas y de nada sirve tratar de comprender su origen y su estructura.

El experto halla su ubicación en un sistema de significatividades impuestas; estos es, impuestas por los problemas preestablecidos dentro de su dominio. Sin duda hay problemas marginales, y hasta ajenos a su campo específico, pero el experto se inclina a asignarlos a otro experto, a quienes atribuye interés en ellos. Todo su conocimiento se remite a este marco de referencia que ha sido establecido de una vez para siempre.

El ciudadano bien informado se sitúa en un ámbito que corresponde a un número infinito de marcos posibles de referencia. No hay fines preestablecidos ni límites fijos dentro de los cuales pueda buscar refugio. Debe elegir el marco de referencia eligiendo su interés; debe investigar las zonas de significatividad unidas a él; y debe reunir todo el conocimiento posible acerca de las fuentes de las significatividades que actual o potencialmente se le imponen. Por esta misma razón necesita formarse una opinión razonable y buscar información.

La mayor parte de nuestro conocimiento consiste en experiencias que no hemos tenido nosotros, sino nuestros semejantes, contemporáneos o predecesores y que nos han comunicado o transmitido. Denominaremos conocimiento de origen social a este tipo de conocimiento, el cual se basa en una idealización implícita que puede ser formulada de la siguiente manera: lo que para él es un objeto realmente existente de su experiencia actual, es para mí un objeto especiosamente existente de una experiencia posible.

El conocimiento de origen social puede surgir de cuatro maneras diferentes. Primero, puede provenir de la experiencia inmediata de otro individuo que me la comunica; esta creencia presupone además cierta conformidad de mi sistema de significatividades con el cuerpo del testigo presencial. De otro modo, me inclino a presuponer que yo habría observado ciertos aspectos de suceso informado que no advirtió el que informa o viceversa. La segunda fuente de conocimiento de origen social puede ser la experiencia inmediata de otro individuo que no es necesariamente un testigo presencial, ni me informa necesariamente de un modo directo. Llamaremos a tal individuo un informante privilegiado, en cuyo informe creo basándome en el supuesto de que él por experimentar el suceso aludido en un contexto de significatividad único o típico. En tercer lugar, tenemos la opinión de otro individuo que se basa en hechos tomados de una u otra fuente de conocimiento inmediato o de origen social, pero ordenados y agrupados con un sistema de significatividades similar al mío. Llamaremos a tal individuo analista, cuya opinión tiene tanto o más peso para mí cuanto más puedo verificar los datos en que se basa y cuanto más convencido estoy de que su sistema de significatividades es congruente con el mío. Tenemos, por último, la opción de otro individuo, basadas en las mismas fuentes que las del analista, pero agrupadas de acuerdo con un sistema de significatividades que difiere considerablemente del mío. Lo llamaremos el comentador.

Todo conocimiento recibe un peso adicional si es aceptado, no sólo por nosotros, sino por otros miembros de nuestro endogrupo. El poder de conocimiento socialmente aprobado es tan vasto, que lo aprobado por la totalidad de este endogrupo es simplemente presupuesto y pasa a ser un elemento del concepto relativamente natural del mundo, aunque la fuente de tal conocimiento permanezca en anonimidad.

El conocimiento socialmente aprobado es la fuente de prestigio y autoridad, también es el asiento de la opinión pública. En nuestra época este conocimiento tiende al sistema subyacente de significatividades intrínsecas e impuestas. Con encuestas, entrevistas y cuestionarios se procura sondear la opinión del hombre común.

El ciudadano bien informado de una sociedad tiene el deber y el privilegio de hacer que su opinión privada prevalezca sobre la opinión pública del hombre común.

## **LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA REALIDAD**

**P. BERGER - T. LUCKMAN**

### **LOS FUNDAMENTOS DEL CONOCIMIENTO EN LA VIDA COTIDIAN**

#### **La realidad de la vida cotidiana**

La vida cotidiana se presenta como una realidad interpretada por los hombres y para ellos tiene el significado de un mundo subjetivo.

El mundo de la vida cotidiana, es un mundo que se origina en los pensamientos y acciones de los miembros ordinarios de la sociedad, y es sustentado por éstos.

La conciencia es siempre intencional, siempre apunta o se dirige a los objetos. Esto es lo que ocurre, ya sea que el objeto de la conciencia se experimente como parte de un mundo físico exterior o se aprenda como elemento de una realidad subjetiva interior. Objetos diferentes aparecen ante la conciencia como constitutivos de las diferentes esferas de la realidad. Reconozco a mis semejantes, con los que tengo que tratar en el curso de mi vida cotidiana, como pertenecientes a una realidad muy diferente a las figuras desencadenadas que aparecen en mis sueños. Tengo conciencia de que el mundo consiste en realidades múltiples; cuando paso de una realidad a otra, experimento por esa transición una especie de impacto, causado por el desplazamiento que implica dicha transición.

Entre las múltiples realidades existe una que se presenta como la realidad por excelencia, es la realidad de la vida cotidiana. La tensión llega a su apogeo en la vida cotidiana. La realidad de la vida cotidiana se presenta ya objetivada, o sea, constituida por un orden de objetos que ya han sido designados como objetos antes de que yo apareciese en escena. El lenguaje usado en la vida cotidiana me proporciona constantemente las objetivaciones indispensables y dispone el orden dentro del cual éstas adquieren sentido y dentro del cual la vida cotidiana tiene significado para mí.

La realidad de la vida cotidiana se organiza alrededor del “aquí” de mi cuerpo y el “ahora” de mi presente. Este “aquí y ahora” es el foco de atención de la vida cotidiana. Sin embargo, la realidad de la vida cotidiana abarca también fenómenos que no están presentes “aquí y ahora”.

Lo más próximo a mí es la zona de la vida cotidiana directamente accesible a mi manipulación corporal, esta zona es mi mundo por excelencia. Típicamente, mi interés

por las zonas más alejadas en menos intenso; me siento más profundamente interesado por el grupo de objetos que intervienen en mi tarea diaria.

La realidad de la vida cotidiana se me presenta además como un mundo intersubjetivo, un mundo que comparto con otros. No puedo existir sin interactuar y comunicarme continuamente con otros. Sé que existe una correspondencia entre mis significados y los suyos; el conocimiento del sentido común es el que comparto con otros en las rutinas normales de la vida cotidiana.

La realidad de la vida cotidiana está establecida como realidad; no requiere verificaciones adicionales sobre su sola presencia. Aún cuando pueda abrigar dudas acerca de su realidad, estoy obligado a suspender esas dudas puesto que existo rutinariamente en la vida cotidiana.

La vida cotidiana se divide en sectores, unos que se aprehenden por rutina y otros que me presentan problemas de diversas clases. En tanto la rutinas de esta vida prosigan sin interrupción, serán aprehendidas como no problemáticas. Pero este sector no problemático sigue siéndolo hasta nuevo aviso, es decir, hasta que su continuidad es interrumpida por la aparición de un problema. El conocimiento del sentido común contiene una diversidad de instrucciones acerca de cómo proceder para esto.

Comparadas con la realidad de la vida cotidiana, otras realidades aparecen como zonas limitadas de significado, enclavadas dentro de la suprema realidad. Todas estas zonas se caracterizan por desviar la atención de la realidad de la vida cotidiana.

El mundo de la vida cotidiana se estructura tanto en el espacio como en el tiempo. La estructura espacial es totalmente periférica con respecto a nuestras consideraciones presentes. La temporalidad, es una propiedad intrínseca de la conciencia. El torrente de la conciencia está ordenado temporalmente. La intersubjetividad tiene una dimensión temporal en la vida cotidiana. El mundo de la vida cotidiana tiene su propia hora oficial, que se da intersubjetivamente.

El tiempo en la realidad cotidiana es continuo y limitado. Toda mi existencia en este mundo está ordenada continuamente por su tiempo, está verdaderamente envuelta en él. La misma estructura temporal es coercitiva: no puedo invertir a voluntad las secuencias que ella impone.

### **Interacción social en la vida cotidiana**

El denominado “**mundo de la vida**”, es una expresión que refiere a la realidad inminente que nos rodea, al “aquí y ahora” en el cual un actor social se desenvuelve y actúa. Es el contexto en el cual los diferentes actores sociales realizan acciones concretas.

El hombre actúa en el mundo de la vida, modificándolo y adecuándolo a sus propias necesidades

La experiencia más importante que tengo de los otros se produce en **una situación “cara a cara”**, que es prototipo de la interacción social y del que derivan todos los demás casos.

En la situación cara a cara el otro se me aparece en un presente vivido que ambos compartimos. El resultado es un intercambio continuo entre mi expresividad y la suya. En esta situación la subjetividad del otro me es accesible por un máximo de síntomas; todas las demás formas de relación con el otros con “remotas”.

Es comparativamente difícil imponer pautas rígidas a la interacción cara a cara. Sean cual fuere las pautas impuestas, serán constantemente modificadas por la enorme variedad y sutileza del intercambio de significados subjetivos que se produce.

Por otra parte, yo aprehendo al otro por medio de **esquemas tipificadores** aún en la situación cara a cara. La realidad de la vida cotidiana contiene esquemas tipificadores en cuyo término los otros son aprehendidos y “tratados” en los encuentros cara a cara. De este modo puedo aprehender al otro como “hombre”, como “europeo”, como “cliente”, etc. Estos esquemas tipificadores son, por supuesto, recíprocos. El otro también me aprehende de manera tipificada. Los dos esquemas tipificadores entran en “negociación” continua cuando se trata de una situación cara a cara.

Podré distinguir entre las personas con las que interactúo en situaciones cara a cara y otros que son meros contemporáneos, de quienes tengo recuerdos más o menos detallados o que conozco meramente. En la experiencia cara a cara tengo evidencia directa de mis semejantes, de sus actos, de sus atributos, etc. No ocurre lo mismo con mis contemporáneos: de ellos tengo un conocimiento más o menos fidedigno. El anonimato aumenta que paso de los primeros a los segundos.

El grado de anonimato depende también de otro factor. Veo al vendedor de diarios en la esquina tan regularmente como a mi esposa; pero el vendedor no tiene tanta importancia para mí y no tengo trato íntimo con él. El grado de interés y el grado de intimidad pueden combinarse para aumentar o disminuir el anonimato de la experiencia.

La estructura social es la suma de estas tipificaciones y de las pautas recurrentes de interacción establecidas por medio de ellas. En ese carácter, la estructura social es un elemento esencial de la realidad de la vida cotidiana

### **El lenguaje y el conocimiento en la vida cotidiana**

La expresividad humana es capaz de objetivarse, o sea, se manifiesta en productos de la actividad humana, que están al alcance tanto de sus productores como de los otros hombres. La actitud subjetiva de la ira se expresa directamente en la situación “cara a cara” la situación “cara a cara”, constituye la situación óptima para darme acceso a la subjetividad ajena.

Estos mismos índices no tienen posibilidades de sobrevivir más allá del presente vívido que ofrece la situación “cara a cara”. el cuchillo no se fabricó con el solo propósito de que fuese arrojado contra mí. Pero expresa una intención subjetiva de violencia, motivada ya sea por la ira o por consideraciones utilitarias, como matar para conseguir comida. El arma, pues, es tanto un producto humano como una objetivación de la subjetividad humana.

La realidad de la vida cotidiana no solo está llena de objetivaciones, sino que es posible únicamente por ellas. Estoy rodeado todo el tiempo de objetos que “proclaman” las intenciones subjetivas de mis semejantes.

Un caso especial de objetivación, pero que tiene importancia crucial es la significación, o sea, la producción humana de signos. Un signo puede distinguirse de otras objetivaciones por su intención explícita de servir como indicio de significados subjetivos. Existen ciertas objetivaciones destinadas originaria y explícitamente a servir de signos. Por ejemplo, en vez de arrojarme un cuchillo, mi adversario podría haber pintado una cruz negra sobre mi puerta como signo, supongamos. Reconozco su significado al igual que otros hombres, y sin duda está al alcance del que lo produce como “recordación” objetiva de su intención originaria.

Los signos se agrupan en una cantidad de sistemas. Así pues, existen sistemas de signos gesticulatorios, de movimientos corporales pautados, de diversos grupos de artefactos materiales, y así sucesivamente. Los signos y los sistemas de signos son objetivaciones en el sentido de que son accesibles objetivamente más allá de la expresión de

intenciones subjetivas “aquí y ahora”. Esta “separabilidad” de las expresiones de subjetividad inmediatas se da también en los signos que requieren la presencia del cuerpo como mediador. De esa manera, ejecutar una danza que tiene intención agresiva es algo completamente distinto de gruñir o apretar los puños en un acceso de cólera. La danza puede separarse de la subjetividad de quien la ejecuta al contrario del gruñido, que no puede separarse de quien gruñe. Tanto la danza como el gruñido son manifestaciones de expresividad corporal, pero solamente la primera tiene carácter de signo accesible objetivamente. Los signos y los sistemas de signos se caracterizan todos por su “separabilidad”, pero pueden diferenciarse según el grado en que pueda separárselos de las situaciones “cara a cara”.

El lenguaje, que aquí podemos definir como un sistema de signos vocales, es el sistema de signos más importante de la sociedad humana. Su fundamento descansa, por supuesto, en la capacidad intrínseca de expresividad vocal que posee el organismo humano.

Las objetivaciones comunes de la vida cotidiana se sustentan primariamente por la significación lingüística. La vida cotidiana, por sobre todo, es vida con el lenguaje que comparto con mis semejantes y por medio de él. Por lo tanto, la comprensión del lenguaje es esencial para cualquier comprensión de la realidad de la vida cotidiana. El lenguaje se origina en la situación “cara a cara”, pero puede separarse de ella fácilmente. La separación del lenguaje radica mucho más fundamentalmente en su capacidad de comunicar significados que no son expresiones directas de la subjetividad “aquí y ahora”.

El lenguaje es capaz de transformarse en depósito objetivo de vastas acumulaciones de significado y experiencia, que puede preservar a través del tiempo y transmitir a las generaciones futuras.

En la situación “cara a cara” el lenguaje posee una cualidad inherente de reciprocidad que lo distingue de cualquier otro sistema de signos. La continua producción de signos vocales en la conversación puede sincronizarse sensiblemente con las continuas intenciones subjetivas de los que conversan. Hablo a medida que pienso, lo mismo que mi interlocutor en la conversación. Cada uno oye lo que dice el otro virtualmente en el mismo momento en que lo dice, y esto posibilita el acceso continuo, sincronizado y recíproco a nuestras dos subjetividades en la cercanía intersubjetiva de la situación “cara a cara” de manera tal que ningún otro sistema de signos puede repetir. Más aún, me oigo a mí mismo a medida que hablo: mis propios significados subjetivos se me hacen accesibles objetiva y continuamente.

Yo objetivo por medio del lenguaje mi propio ser, éste se hace accesible masiva y continuamente para mí a la vez que para el otro, por lo que cabe decir que el lenguaje hace “más real” mi subjetividad, no solo para mi interlocutor, sino también para mí mismo.

El lenguaje se origina en la vida cotidiana a la que toma como referencia primordial; se refiere por sobre todo a la realidad que experimento en la conciencia en vigilia.

Como sistema de signos, el lenguaje posee la cualidad de objetividad. El lenguaje se me presenta como un facticidad externa a mí mismo y su efecto sobre mí es coercitivo. El lenguaje me obliga a adaptarme a sus pautas. No puedo emplear las reglas sintácticas del alemán cuando hablo inglés; no puedo usar palabras inventadas por mi hijo de tres años si quiero comunicarme con los que no son de mi familia; debo tomar en cuenta las normas aceptadas en el habla correcta para diversas ocasiones, aun cuando preferiría usar las mías “incorrectas”, de uso particular. El lenguaje me proporciona una posibilidad ya hecha para las continuas objetivaciones que necesita mi experiencia para desenvolverse. Dicho de otra forma, el lenguaje tiene una expansividad tan flexible

como para permitirme objetivar una variedad de experiencias que me salen al paso en el curso de mi vida. El lenguaje también tipifica experiencias, permitiéndome incluirlas en categorías amplias en cuyos términos adquieren significado para mí y para mis semejantes.

La misma tipificación, como quiera que sea, entraña el anonimato.

Debido a su capacidad de trascender el “aquí y ahora”, el lenguaje tiene puentes entre diferentes zonas dentro de la realidad de la vida cotidiana y las integra en un todo significativo. Las trascendencias tienen dimensiones espaciales, temporales y sociales. Por medio del lenguaje puedo trascender el espacio que separa mi zona manipuladora de la del otro; puedo sincronizar mi secuencia de tiempo biográfico con la suya, y dialogar con él sobre individuos y colectividades con los que de momento no estamos en interacción “cara a cara”. Como resultado de estas trascendencias, el lenguaje es capaz de “hacer presente” una diversidad de objetos que se hallan ausentes -espacial, temporal y socialmente- del “aquí y ahora.

En lo que a relaciones sociales se refiere, le lenguaje me “hace presentes” no solo a los semejantes que están físicamente ausentes en ese momento, sino también a los del pasado recordado o reconstituido, como también a otros proyectados hacia el futuro como figuras imaginarias. Todas estas “presencias” pueden ser sumamente significativas, por supuesto, en la realidad continua de la vida cotidiana. El lenguaje, además, es capaz de trascender por completo la realidad de la vida cotidiana. Puede referirse a experiencias que corresponden a zonas limitadas de significado, y abarcar zonas aisladas de la realidad. Por ejemplo, puedo interpretar “el significado” de un sueño integrándolo lingüísticamente dentro del orden de la vida cotidiana.

El lenguaje construye entonces enormes edificios de representación simbólica que parecen dominar la realidad de la vida cotidiana como gigantescas presencias de otro mundo. La religión, la filosofía, el arte y la ciencia son los de mayor importancia histórica entre los sistemas simbólicos de esta clase. Nombrarlos ya es afirmar que, a pesar de que la construcción de estos sistemas requiere un máximo de separación de la experiencia cotidiana, pueden ser verdaderamente importantísimos para la realidad de la vida cotidiana. El lenguaje es capaz no solo de construir símbolos sumamente abstraídos de la experiencia cotidiana, sino también de “recuperar” estos símbolos y presentarlos como elementos objetivamente reales en la vida cotidiana. El lenguaje constituye campos semánticos o zonas de significado lingüísticamente circunscritos. El vocabulario, la gramática y la sintaxis se acoplan a la organización de esos campos semánticos. Así pues el lenguaje elabora esquemas clasificatorios para diferenciar los objetos según su “género”.

Dentro de los campos semánticos así formados se posibilita la objetivación, retención y acumulación de la experiencia biográfica e histórica. La acumulación es, por supuesto, selectiva, ya que los campos semánticos determinan qué habrá que retener y qué habrá que “olvidar” de la experiencia total del individuo como de la sociedad. En virtud de esta acumulación se forma un acopio social de conocimiento, que se trasmite de generación en generación y está al alcance del individuo en la vida cotidiana. Vivo en el mundo del sentido común de la vida cotidiana equipado con cuerpos específicos de conocimiento. Más aún: sé que los otros comparten al menos parcialmente ese conocimiento, y ellos saben que yo lo sé. Mi interacción con los otros en la vida cotidiana resulta, pues, afectada constantemente por nuestra participación común en ese acopio social de conocimiento que está a nuestro alcance. Este acopio social abarca el conocimiento de mi situación y de sus límites.



De esta manera, la participación en el cúmulo social de conocimiento permite la “ubicación” de los individuos en la sociedad y el “manejo” apropiado de ellos. Esto no es posible para quien no participa de este conocimiento.

Como la vida cotidiana está determinada por el motivo pragmático, el conocimiento de receta, o sea, el conocimiento que se limita a la competencia pragmática en quehaceres rutinarios ocupa un lugar prominente en el cúmulo social de conocimiento.

En particular, me interesa poco traspasar el límite de este conocimiento necesario pragmáticamente, en tanto me sirva para resolver ese tipo de problemas. El acopio social de conocimiento establece diferenciaciones dentro de la realidad según los grados de familiaridad. Proporciona datos complejos y detallados con respecto a los sectores de vida cotidiana con los que debo tratar frecuentemente, y datos mucho más generales e imprecisos con respecto a sectores más alejados. De esa manera, mi conocimiento sobre mi propia ocupación y su mundo es muy abundante y específico, mientras que del mundo ocupacional de los otros tengo apenas un conocimiento muy esquemático. El cúmulo social de conocimiento me proporciona, además, los esquemas tipificadores requeridos para las rutinas importantes de la vida cotidiana, no solo las tipificaciones de otros que se mencionaron anteriormente, sino también tipificaciones de toda clase de hechos y experiencias, tanto sociales como naturales. Así pues, vivo en un mundo de parientes, colegas y funcionarios públicos identificables.

El cúmulo social de conocimiento, al presentármese como un todo integrador, me ofrece también los medios de integrar elementos aislados de mi propio conocimiento. En otras palabras, “lo que todos saben” tiene su propia lógica, que puede aplicarse para ordenar las diversas cosas que sé.

En tanto mi conocimiento funcione a satisfacción, me siento generalmente dispuesto a suspender mis dudas a su respecto. En ciertas actitudes separadas de la realidad cotidiana –al contar un chiste, en el teatro o en la iglesia, o al dedicarme a especulaciones filosóficas- tal vez abrigue dudas sobre ciertos elementos que la componen. Pero estas dudas “no merecen tomarse en serio”.

Aunque el cúmulo social de conocimiento presenta al mundo cotidiano de manera integrada, diferenciado de acuerdo con zonas de familiaridad y lejanía, la totalidad de ese mundo queda opaca. Dicho de otra forma, la realidad de la vida cotidiana siempre parece ser una zona de claridad detrás de la cual hay un trasfondo de sombras. Cuando unas zonas de realidad se iluminan, otras se oscurecen. No puedo saber todo lo que hay que saber de esa realidad. Mi conocimiento de la vida cotidiana posee la calidad de un instrumento que se abre paso a través de una selva y, a medida que lo hace, proyecta un estrecho cono de luz sobre lo que hay inmediatamente adelante y alrededor; por todos los demás lados del sendero persiste la oscuridad.

Mi conocimiento de la vida cotidiana se estructura en términos de relevancia, algunas de las cuales se determinan por mis propios intereses pragmáticos inmediatos, y otras por mi situación general dentro de la sociedad.

Un elemento importante de mi conocimiento de la vida cotidiana lo constituye el de las estructuras de relevancia de los otros. De esta suerte, no se me ocurriría consultar a mi médico sobre mis inversiones financieras, ni a mi abogado sobre mis dolores de úlcera, ni a mi tenedor de libros sobre mi búsqueda de verdad religiosa. El propio cúmulo social de conocimiento ya me ofrece hechas a medida las estructuras básicas de relevancia que conciernen a la vida cotidiana.

Por último, el cúmulo social de conocimiento en conjunto tiene su propia estructura de relevancias.

Conviene aquí agregar un último punto sobre la distribución social del conocimiento. En la vida cotidiana el conocimiento aparece distribuido socialmente, vale decir, que

diferentes individuos y tipos de individuos lo poseen en grados diferentes. No comparto en la misma medida mi conocimiento con todos mis semejantes, y tal vez haya cierto conocimiento que no comparto con nadie.

La distribución social del conocimiento de ciertos elementos que constituyen la realidad cotidiana pueden llegar a ser sumamente compleja y hasta confusa para el que la mira desde afuera.

Así pues, la distribución social del conocimiento arranca del simple hecho de que no sé todo lo que saben mis semejantes, y viceversa, y culmina en sistemas de idoneidad sumamente complejos y esotéricos. El conocimiento, al menos en esbozo, de cómo se distribuye el acopio de conocimiento con alcance social, es un elemento importante de dicho acopio. En la vida cotidiana sé, al menos someramente, lo que puedo ocultar y de quién, a quién puedo acudir para saber lo que no sé y, en general, cuáles son los tipos de individuos de quienes cabe esperar que posean determinados tipos de conocimientos.

## **LA SOCIEDAD COMO REALIDAD OBJETIVA**

### **INSTITUCIONALIZACIÓN**

#### a) Organismo y actividad

El hombre, a diferencia de los demás mamíferos superiores, no posee ambiente específico de su especie firmemente estructurado por la organización de sus propios instintos.

Las relaciones del hombre con su ambiente se caracterizan por su apertura al mundo, esto permite que se dedique a diferentes actividades.

El organismo humano es capaz de aplicar el equipo de que está dotado por su constitución interna a un campo de actividades muy amplio y que además varía y se diversifica constantemente.

El proceso por el cual se llega a ser hombre se produce en una interrelación con un ambiente. O sea, que el ser humano en proceso de desarrollo se relaciona no sólo con un ambiente natural, sino también con un orden social y cultural específico mediatizado para él por los otros significantes a cuyo cargo de halla.

La forma específica dentro de la cual se moldea esta humanidad esta determinada por dichas formaciones socio-culturales y tiene relación con sus numerosas variaciones. Si bien es posible afirmar que el hombre posee una naturaleza, es más significativo decir que el hombre construye su propia naturaleza o más sencillamente, que el hombre se produce a sí mismo.

El período en que el organismo humano se desarrolla hacia sus plenitudes interacción con su ambiente, es también en que se forma el yo humano. La formación de yo debe, pues, entenderse en relación con el permanente desarrollo del organismo y con el proceso social en el que los otros significantes median entre el ambiente natural y el humano.

El desarrollo común del organismo y el yo humano en un ambiente socialmente determinando se relaciona con la vinculación peculiarmente humana entre el organismo y el yo. Por una parte el hombre es un cuerpo, por otra parte, tiene un cuerpo, o sea, se experimenta a sí mismo como entidad que no es idéntica a su cuerpo, sino que, por el contrario, tiene un cuerpo a su disposición.

La auto-producción del hombre es siempre, y por necesidad, una empresa social. Los hombres producen juntos un ambiente social con la totalidad de sus formaciones socio-culturales y psicológicas.

La humanidad específica del hombre y su socialización están entrelazadas íntimamente. El homo sapiens es siempre, y en la misma medida, homo socius.

La existencia humana se desarrolla empíricamente en un contexto de orden, dirección y estabilidad. La inestabilidad inherente al organismo humano exige que el hombre mismo proporcione un contexto estable a su comportamiento; él mismo debe especializar y dirigir sus impulsos. Estos hechos biológicos sirven como presupuesto necesario para la producción del orden social.

#### b) Orígenes de la institucionalización

Toda actividad humana está sujeta a la habituación. Todo acto que se repite con frecuencia crea una pauta que luego puede reproducirse con economía de esfuerzos y que es aprehendida como pauta por el que la ejecuta.

La habituación provee el rumbo y la especialización de la actividad que faltan en el equipo biológico del hombre, aliviando de esta manera la acumulación de tensiones resultante de los impulsos no dirigidos; y al proporcionar un trasfondo estable en el que la estabilidad humana pueda desenvolverse con un margen mínimo de decisiones la más de las veces, libera energía para aquellas decisiones que puedan requerirse en ciertas circunstancias.

De acuerdo con los significados otorgados por el hombre a su actividad, la habituación torna innecesario volver a definir cada situación de nuevo, paso por paso.

Estos procesos de habituación predicen a toda institucionalización.

Empíricamente la parte más importante de la habituación de la actividad humana se desarrolla en la misma medida que su institucionalización. La cuestión es por tanto cómo surgen las instituciones.

La institucionalización aparece cada vez que se da una tipificación recíproca de acciones habitualizadas por tipos de actores. Las tipificaciones de las acciones habitualizadas que constituyen las instituciones siempre se comparten, son accesibles a todos los integrantes de un determinado grupo social, y la institución misma tipifica tanto a los actores individuales como a las acciones individuales.

Así mismo, las instituciones implican historicidad y control. Las tipificaciones recíprocas de acciones se construyen en el curso de una historia compartida: no pueden crearse en un instante. Las instituciones siempre tienen una historia, de la cual son producto. Es imposible comprender adecuadamente qué es una institución, sino se comprende el proceso histórico que se produjo. Las instituciones por el hecho mismo de existir también controlan el comportamiento humano estableciendo pautas definidas de antemano que lo canalizan en una dirección determinada, en oposición a las muchas otras que podrían darse teóricamente. Importa destacar que este carácter controlador es inherente a la institucionalización en cuanto tal, previo o aislado de cualquier mecanismo de sanción establecido específicamente para sostén de una institución. Estos mecanismos (cuya suma constituye lo que en general se denomina sistema de control social) existen, por supuesto, en muchas instituciones y en todos los conglomerados de instituciones que llamamos sociedades.

Decir que un sector de la actividad humana se institucionalizó, ya es decir que a sido sometido al control social.

En la experiencia concreta las instituciones se manifiestan generalmente en colectividades que abarcan grandes cantidades de gente. Pero tiene importancia teórica

acentuar el proceso institucionalizador de tipificación recíproca se realiza aun cuando dos individuos empezaran a interactuar. En el curso de su interacción estas tipificaciones se expresarán en pautas específicas de comportamiento, o sea, que A y B empezarán a desempeñar roles uno del otro, lo que ocurrirá aún cuando cada uno siga ejecutando actos diferentes de los otros. De esa manera, surgirá una colección de acciones tipificadas recíprocamente, que cada uno habitualizará en papeles o “roles”, algunos de los cuales se desempeñarán separadamente y otros en común.

Lo más importante es que cada uno estará en condiciones de prever las acciones del otro. De manera concomitante, la interacción de ambos llegará a ser previsible. Para que se produzca la clase de tipificación recíproca que acabamos de describir, debe existir una institución social continua en la que las acciones habitualizadas de dos o más individuos se entrelacen.

Un mundo institucional, pues, se experimenta como realidad objetiva, tiene una historia que antecede el nacimiento del individuo y no es accesible a su memoria biográfica. Y existía antes de que él naciera, y existirá después de su muerte. Esta historia de por sí, como tradición de las instituciones existentes, tiene un carácter de objetividad. La biografía del individuo se aprehende como un episodio ubicado dentro la historia objetiva de la sociedad. Las instituciones, en cuanto facticidades históricas y objetivas se enfrentan al individuo como hechos innegables.

Es importante destacar que en la relación entre el hombre, productor, y el mundo social, es y sigue siendo dialéctica. El hombre y su mundo social interactúan. El producto vuelve a actuar sobre el productor. La externalización y la objetivación son momentos de un proceso dialéctico continuo. El tercer momento de este proceso, es la internalización (por la que el mundo social objetivado vuelve a proyectarse en la conciencia durante la socialización). La sociedad es producto humano. La sociedad es una realidad objetiva. El hombre es un producto social.

Se sigue que el orden institucional en expansión elabora una cubierta correlativa de legitimaciones; extendiendo sobre ella una capa protectora de interpretación tanto cognoscitiva como normativa.

Es preciso tener gran cuidado al formular cualquier afirmación sobre la “lógica” de las instituciones. La lógica no reside en las instituciones y sus funcionalidades externas, sino en la manera como éstas son tratadas cuando se reflexiona sobre ellas.

El lenguaje proporciona la superposición fundamental de la lógica al mundo social objetivado. Sobre el lenguaje se construye el edificio de la legitimación, utilizándolo como instrumento principal. La lógica, que así se atribuye al orden institucional, es parte del acopio de conocimiento socialmente disponible y que, como tal, se da por establecido. Dado que el individuo bien socializado “sabe” que su mundo social es un conjunto coherente, se verá obligado a explicar su buen o su mal funcionamiento en términos de dicho conocimiento.

Esta clase de conocimiento constituye la dinámica motivadora del comportamiento institucionalizado, define las áreas institucionalizadas del conocimiento y designa todas las situaciones que en ellas caben, define y construye los “roles” que han de desempeñarse en el contexto de las instituciones mencionadas y controla y prevé todos esos comportamientos.

## **LEGITIMACIÓN**

La legitimación produce nuevos significados que sirven para integrar los ya atribuidos a procesos institucionalizados dispares. La función de la legitimación consiste en lograr que las objetivaciones de “primer orden” ya institucionalizadas lleguen a ser

objetivamente disponible y subjetivamente plausibles. A la vez que definimos a la legitimación por esta función, es preciso agregar que la integración, en una forma u otra; en también el proceso típico que motiva a los legitimadores.

La integración se refiere a dos niveles. En primer lugar, la totalidad del orden institucional deberá tener sentido, concurrentemente, para los participantes en diferentes procesos institucionales. Existe, pues, un nivel “horizontal” de integración y plausibilidad, que relaciona el orden institucional en genérela con varios individuos que participan de él en varios roles, o con varios procesos institucionales parciales en los que puede participar un solo individuo en un momento dado.

En segundo lugar, la totalidad de la vida del individuo, el paso sucesivo a través de diversos órdenes del orden institucional, debe cobrar significado subjetivo. Por tanto es preciso agregar un nivel “vertical”, dentro del espacio de vida de cada individuo al plano “horizontal” y la plausibilidad subjetiva del orden institucional.

El problema de la legitimación surge inevitablemente cuando las objetivaciones del orden institucional deben transmitirse a una nueva generación. La unidad de historia de biografía que se quiebra. Para restaurarla y así volver inteligibles ambos aspectos de ella deben ofrecerse “explicaciones” y justificaciones de los elementos salientes de la justificación de la tradición institucional. Este proceso de explicar y justificar constituye la legitimación. La legitimación explica el orden institucional atribuyendo validez cognoscitiva a sus significados objetivados. La legitimación justifica el orden institucional adjudicando dignidad normativa a sus imperativos prácticos.

La legitimación no sólo indica al individuo por qué debe realizar una acción y no otra; sino que también indica por qué las cosas son lo que son. En otras palabras, el conocimiento.

Es posible distinguir analíticamente entre niveles diferentes de legitimación. La legitimación insipiente aparece tan pronto como se transmite un sistema de objetivaciones lingüísticas de la experiencia humana. Este nivel es, por supuesto, pre-teórico, pero constituye el fundamento de conocimiento auto-evidente sobre el que deben descansar todas las teorías subsiguientes y recíprocamente, el que deben alcanzar sin han de llegar a incorporarse a la tradición.

El segundo nivel de legitimación contiene proposiciones teorías en forma rudimentaria. Aquí podemos hallar diversos esquemas explicativos que se refieren a grupos de significados objetivos; estos esquemas son sumamente pragmáticos y se relacionan directamente con acciones concretas. En este nivel son comunes los proverbios, las máximas morales y las sentencias; y también a él corresponden las leyendas y los cuentos populares, que suelen trasmitirse en forma poética.

El tercer nivel de legitimación contiene teorías explícitas por las que un sector institucional se legitima en términos de un cuerpo de conocimientos diferenciado.

Los universos simbólicos constituyen el cuarto nivel de legitimación. Son cuerpos de tradición teórica que integran zonas de significados diferentes y abarcan el orden institucional en una totalidad simbólica; los procesos simbólicos son procesos de significación que se refieren a realidades que no son las de la experiencia cotidiana.

El universo simbólico se concibe como la matriz de todos los significados objetivados socialmente y subjetivamente reales; toda la sociedad histórica y la biografía de un individuo se ven como hechos que ocurren dentro de ese universo. Lo que tiene particular importancia es que la situaciones marginales de la vida del individuo también entran dentro del universo simbólico. Esas situaciones se experimentan en los sueños y fantasías como áreas de significado separadas de la vida cotidiana y dotadas de una realidad peculiar propia. En el interior del universo simbólico estos dominios separados

de la realidad se integran dentro de una totalidad significativa que los explica y quizás también los justifica.

Al llegar a este nivel de legitimación la integración reflexiva de los distintos procesos sociales alcanza su realización última.

Los roles institucionales se convierten en modos de participar en un universo que trasciende y abarca el orden institucional.

La cristalización de los universos simbólicos sucede a los procesos de objetivación, sedimentación y acumulación del conocimiento, o sea, que los universos simbólicos son productos sociales que tienen una historia.

El universo simbólico aporta el orden para la aprehensión subjetiva de la experiencia biográfica; las experiencias que corresponden a esferas diferentes de la realidad se integran por incorporación al mismo universo de significado que se extiende sobre ellas. Aparte de esta integración de las realidades marginales, el universo simbólico ofrece el más alto nivel de integración a los significados discrepantes dentro de la vida cotidiana en la sociedad.

El universo simbólico también posibilita el reordenamiento de las diferentes fases de la biografía. Cada una de estas fases legitima como modo de ser en el universo simbólico. El individuo que pasa de una fase biográfica a otra puede percibirse él mismo como repitiendo una secuencia ya establecida en la naturaleza de las cosas o en su propia naturaleza; vale decir que puede infundirse el mismo la seguridad de que vive “correctamente”.

Una función legitimadora que tiene importancia estratégica para la biografía individual es la de la “ubicación” de la muerte. Esta legitimación constituye uno de los frutos más importantes de los universos simbólicos ya que es en ella donde la potencia de los universos simbólicos se manifiesta con mayor claridad, y donde se revela el carácter apaciguador de las legitimaciones definitivas de la suma de la realidad de la vida cotidiana.

El universo simbólico ordena también la historia y ubica todos los acontecimientos colectivos dentro de una unidad coherente que incluye el pasado, el presente y el futuro. Con respecto al paso establece una memoria que comparte todos los individuos socializados dentro de una colectividad. Con respecto a futuro, establece un marco de referencia común para la proyección de las acciones individuales. De esta manera el universo simbólico vincula a los hombres con sus antecesores y sus sucesores en una totalidad significativa. Todos los miembros de una sociedad pueden concebirse ahora como pertenecientes a un universo significativo, que ya existía antes de que ellos nacieran y seguirá existiendo después de su muerte.